

Leviatán

Daniel Portillo

"Y sin embargo había siempre algo impersonal en su interrogatorio, como si no estuviese intentando establecer un contacto humano contigo sino más bien intentando resolver para sí algún problema intelectual. Esto daba a sus comentarios cierto matiz abstracto, lo cual inspiraba confianza, te predisponía a contarle cosas que en algunos casos ni siquiera te habías dicho a ti mismo". (Paul Auster - Leviatán)

El inspector Pons acerca una silla para él y otra para la traductora, una joven rusa de unos 25 años. Se sientan al unísono frente a la cama del sospechoso, a quien los enfermeros han incorporado con ayuda de varios almohadones.

– Buenos días. Soy el inspector Pons.– El policía deja tiempo a la traductora antes de continuar hablando – Bien, ya sabe que es usted el único superviviente del barco, y eso le convierte en el único sospechoso. – Pons mira a la traductora y acto seguido fija su mirada en las pupilas del sospechoso, buscando calibrar su reacción. El inspector percibe una satisfacción velada en su expresión.

– Sí – contesta tranquilo el sospechoso. – Pons capta cada matiz del tono de su voz, y por inercia, también de la voz de la traductora.

– Serguei. Serguei Kovalev – El sospechoso asiente. – Estamos esperando que la embajada confirme sus huellas dactilares.– Kovalev traga saliva con dificultad. Pons lo nota. – ¿Qué hacía en ese barco? ¿De qué conocía a los fallecidos? – Serguei zigzaguea con la mirada como si buscara la respuesta correcta.

– Conocí a unos compatriotas en el puerto de Ibiza. Nos caímos bien, bebimos juntos, y me invitaron a continuar la fiesta con ellos. – Hace una pausa-, carraspea – Navegamos hacia Formentera, y anclamos el barco frente al islote de Espalmador. Bebimos demasiado. Fumamos hierba. Algunos tomaron coca y pastillas – Pons no le interrumpe, aunque sabe por el análisis toxicológico que el sospechoso no probó el alcohol. Además, el inspector ya ha visionado las grabaciones de las cámaras del puerto: Kovalev no subió al barco con el resto – Era ya de madrugada. Algunos yacíamos en la cubierta, adormilados; y escuché un ruido extraño; me incorporé y entonces lo vi – Seguei Kovalev resopla y abre los ojos como si hubiera visto un fantasma – Era una bestia inmensa. Más grande que el velero. Sus ojos brillaban como faros. Emergió del agua directa hacia nosotros. Abrió las fauces; sus dientes parecían guillotinas de marfil. Entonces salté del barco lo más rápido y lejos que pude. Y ya sumergido en el agua escuché la explosión. Y eso es lo último que recuerdo.

Pons piensa en los restos de dinamita que habían encontrado, e inconscientemente pone a trabajar su poder; ese poder que tan solo poseen un puñado de elegidos en el mundo. Pons es capaz de acceder a los recuerdos de algunas personas, a través de una especie de habilidad mental; de telepatía. No siempre lo logra, pero le resulta muy fácil conseguirlo cuando alguien miente para ocultar un suceso traumático. Entonces Pons comprende que años atrás a Serguei le arrebataron a su hermana mayor. Había sido fácil embaucar a una niña siberiana de 16 años, huérfana de padre, pobre, y sin futuro. La habían seducido con falsas promesas de riqueza y fama, para terminar explotándola sexualmente en el Golfo Pérsico. Fue la mafia rusa, y su hermana había acabado arrojada por la borda de un yate en mitad del océano, como colofón a sufrir durante años un auténtico infierno en vida.

El inspector Pons solo puede sentir admiración por aquel joven. Sí; es

culpable. Pero, ¿culpable de qué? Serguei había planeado durante años el más sublime de los homenajes a su malograda hermana; A Pons aquella explosión se le antoja pura poesía. Kovalev había limpiado de escoria aquel velero; nueve malnacidos menos en un mundo infestado de gentuza. Serguei había colocado los explosivos junto al depósito de carburante y había activado el temporizador. Pero lo descubrieron justo antes de abandonar el barco, y casi no lo cuenta. Ahora tiene quemaduras leves y esa herida abierta en el abdomen: una puñalada que no acertó del todo y con la que tuvo que saltar desde la cubierta del barco, encomendándose a una suerte incierta, que finalmente le condujo hasta aquella cama de hospital.

El inspector Pons se levanta de la silla.

— Suficiente — dice. — Gracias Nadia — La traductora abandona la habitación. Pons se acerca a la cama de Kovalev mientras busca en su bolsillo y se vuelve para comprobar que Nadia ha cerrado bien la puerta.

— Serguei, has hecho lo correcto — Le dice en un ruso casi perfecto. Serguei palidece de golpe. Siente que el corazón le va a explotar y las quemaduras de la piel le abrasan. Pons domina siete idiomas. Esto supone una gran ventaja; sobre todo porque nadie lo sabe; ni sus compañeros. — En unas horas vas a tener al servicio secreto ruso aquí; o a la mafia. Trata de llegar a la península. Aprovecha la noche. A las doce relevarán a tu escolta. Los conozco. Siempre salen juntos a fumar y charlar un rato. — Pons le entrega quinientos euros. Sabe de sobra que Serguei lo tendrá imposible, pero también sabe que merece una oportunidad. Si algo ha aprendido Pons en estos años, es que en el mundo hay poca gente buena, y los buenos deberían cuidarse entre ellos.

@danielportillonovela

www.danielportillonovela.com